



(Camino que conduce á la muralla, entre Welhen y Rahten.)

### LA SUIZA SAJONA.

Son las cinco de la mañana; toda la posada está en movimiento; no se puede dormir. ¿Cuál es la causa de tanto ruido? Sin duda estoy soñando. — Son multitud de familias alemanas é inglesas que marchan á la Suiza sajona. — ¿Cuánto tiempo se necesita para este viaje? — Cinco días lo mas si se ha de correr todo el pais; pero si se quiere visitar solamente los sitios mas notables, son suficientes dos dias. — Tomo en fin mi determinacion: me levanto y atravieso la plaza del Antiguo-Mercado, dirigiendo una mirada á las ventanas de la galleria. ¡Ah, Virgen de Rafael! ¡dos dias sin verte! — El buque-vapor estaba ya humeando y se balanceaba cerca del puente; la campana habia dado la última señal y se habia levantado el áncora: todavía era tiempo.

Apenas principiaron á agitarse las ruedas, alemanas y alemanes piden café. Este es el mas ligero refrigerio de los cuatro que indispensablemente toman cada dia. Los habitantes del Norte no quieren creer que en el Mediodia hacemos solas dos comidas. — ¿Cómo es posible, dicen, tener fuerza para trabajar? — Los hechos responden. Paris es indisputablemente el pueblo del mundo en que mas se trabaja, y en donde el espíritu es mas vivo, mas activo y mas fecundo en todo género de obras y conocimientos. Los hombres de estado, los financieros, no hacen, á decir verdad, sino una sola comida á las

siete de la tarde; apenas suelen mojar un poco de pan en un poco de chocolate ó café á las diez ó las once de la mañana. Cuando se cuenta esto á un alemán, le mira á uno con cierto aire de duda, y una sonrisa se asoma á sus labios como diciendo: «Yo no podria acomodarme á este régimen.»

Todavía estaba el cielo oscuro; el viento era fresco y el Elba corría con rapidez. Ya estábamos fuera de la ciudad; viñas, casas de campo, ventas y pequeñas aldeas se veían sembradas sobre las colinas á derecha é izquierda del río. Un alemán se levanta y me dirige la palabra en francés; me muestra una casita casi cubierta de verde yerba que habia á la orilla izquierda del río: «Schille la ha habitado, me dijo; en ella compuso su tragedia *Juanu de Arco*. En los dias de huracán se paseaba solo en una barquilla sobre las aguas del Elba: los truenos y las olas le inspiraban.» En viaje no siempre me agrada la conversacion: la novedad de los objetos absorbe toda mi atencion, y las palabras interrumpen la ilusion; el placer es este de adivinar: lo que se aprende no equivale las mas veces á lo que se supone: se llega siempre demasiado pronto á tocar los desengaños; pero este hombre tiene una fisonomia franca y simpática: es un comerciante de Dresde: se aturulla, buscando voces, en una de sus explicaciones, y pregunta con este motivo á su hija, la que, segun dice, habla mejor que él el francés. La joven le dá ruborizándose la expresion que le pide, y baja los ojos sobre su libro. El padre continúa nombrándome todos los pueblecitos, todos los castillos y todas las mon-

29 DE JUNIO DE 1851.



tañas que van pasando.—Hé aquí delante el castillo de Piinitz, estancia de verano del rey de Sajonia. Singular es su apariencia: sobre un cuerpo de fábrica bastante macizo, se ha prodigado el número de esquilones chinos; sin duda se ha creído dar así mas ligereza al edificio; pero recuerdo «la bóveda verde.» Y me preguntó (aunque sin impacientarme por la respuesta): «¿Por qué los reyes de Sajonia han tenido siempre tanta afición á lo chino?» El castillo es casi enteramente moderno: en 1818 se ha levantado en gran parte sobre el local de un antiguo edificio del siglo XIII.—Los aposentos de la reina, me dice mi obligado compañero, tienen vista sobre el río y se les llama «el palacio de las Aguas» (*Wasser palast*); los del rey están situados al lado opuesto, y les llaman «el palacio de la Montaña» (*Berg palast*). Si bien lo entiendo, nada de notable hay en el interior del castillo, mas que un vasto comedor cuya cúpula está sostenida por columnas y adornada de pinturas al fresco. Este es el Piinitz, en el que el conde de Artois y Calonne hallaron un refugio en 1791. Se cuenta que en 1812 Napoleón, en el apogeo de su gloria, rodeado de príncipes y de reyes encorvados ante su poder, exclamó entrando en Piinitz: «¡Aquí es donde he nacido!» Hablaba de aquella breve vida imperial que apenas debía durar dos ó tres años.

Estamos ya en la frontera de la Suiza sajona, y el paisaje va á mudar de aspecto, me dice el comerciante; y añade que esta parte de la Sajonia, en otro tiempo habitada por los Sorbos, no tiene mas que diez leguas de largo y de ancho; que no se sabe por qué se le diera este sobrenombre, sino que en 1795 habia aparecido en Leipsik un «Viage pintoresco y romántico en la Suiza sajona» ilustrado con nueve hermosas láminas.

Las orillas del Elba se transforman insensiblemente: las colinas se presentan de pronto y sin anunciarse. A nuestra derecha encontramos la villa de Pirna, y al lado, sobre una altura, el castillo de Sonnenberg, convertido desde 1781 en hospital de locos. Se dice que es el mejor establecimiento de este género que hay en Europa: tiro, villar, gimnástica, rica biblioteca, instrumentos de música, talleres de toda clase, y una vida admirable! Un camino de hierro sigue, de este lado, las tortuosidades del río. Se empiezan á descubrir montañas aisladas, circulares y truncadas, semejantes á fortalezas, que son las que caracterizan el aspecto de la Suiza sajona. A nuestra izquierda se dibuja una línea de rocas perpendiculares, de un aspecto salvaje, que se reflejan en el río. Aquí tenéis vuestra primera estación, me dice el comerciante, pues no podéis prescindir de encaminaros á uno de estos dos pueblecitos. Welhen ó Rathen, con que elegid.

Nadie se dirijía á Welhen, y después de haber dado cordialmente las gracias á mi atento cicerone, que iba directamente á Hanigstein, descendí con una parte de los viajeros en Rathen.

Almuerzo en un pobre y reducido meson. El huésped es un joven que por su traje y sus maneras, se le tendria en Francia lo menos por un abogado; me asegura que no puedo evitar el auxilio de un guía, y me presenta un anciano del país que lleva sobre la chupa una medalla de cobre colgada de un cordón; incurro en la tontería de aceptarle. Entre una menuda lluvia, subimos una pendiente bastante dulce, entre peñascos, que me traen á la memoria ciertos trozos del camino de Génova á Bonheville, aunque no del todo semejantes.

Mi guía se detiene á cada paso: es asmático; cuando su tos le permite hablar, grita hasta herirme los oídos para hacerme comprender su patuá, y él no comprende ninguna de mis preguntas. Con la punta de su baston me señala, riéndose con complacencia, algunas de las bizarras formas de las rocas, que han sido bautizadas con nombres ridículos; aquí el *Kaisers-narz*, la nariz del emperador, ó la nariz de Luis XVI: mas lejos, la locomotora, y no sé que otras puerilidades; á esto se reduce la ciencia de mi hombre; así es que no desco mas que hallar una ocasión de pagarle y librarme de él. Los sitios que á la vista se ofrecen se hacen realmente notables; debajo de nosotros se ahondan abismos de verdura; por intervalos la vista se estiende sobre una comarca de un aspecto enteramente nuevo para mí; se me figura ver, en medio de quebraduras de rocas y de llanuras desiertas ó cultivadas que el Elba atraviesa serpenteando, una innumerable porción de inmensa ciudadela; las rocas al través de las cuales me elevo, se asemejan tambien á almenas y á torres; advierto entre ellas las ruinas de una fortaleza, y recuerdo con este motivo haber leído, que han sido por mucho tiempo la habitación de los burgraves de Donna, terror del país, verdaderos bandidos que solo de las rapiñas vivían. La primera roca en que me he detenido es muy conocida de los viajeros: se llama el Canapé: es una especie de pequeño banco cortado por la naturaleza en la Peña, y desde el cual se descubre un magnífico panorama. El guía que camina pegado á mí, me muestra con el dedo sobre la cima de una roca, una gruta inaccesible: la *gruta del Monge*, pero yo me apresuro á llegar al punto mas elevado, donde veo que están ya la mayor parte de los viajeros; atravieso un puente de madera sostenido entre dos peñascos, encima de una especie de bosque; algunos instantes después me encuentro en la cima, en el fuerte, en la *bastai*, como dice mi guía.

Mi primer cuidado al detenerme es pagar á este hombre intrépido, algo mas de lo necesario por todo el día, y saludarle retirándome; pero esto no entra en su cálculo, y mirándome con un aire de sorpresa se dispone á seguirme; pero estoy muy determinado á no escucharle mas, tengo hambre de soledad. Una parte de los viajeros se desayuna en una excelente fonda que parece cernerse en los aires: otros, agrupados sobre la plataforma, rodeada de una balaustrada al borde de la roca, contemplan el vasto paisaje, mientras que próxima á ellos ejecuta una banda de músicos la obertura de Freischütz, música que está en armonía perfecta con lo salvaje del lugar. Arrinconado en una esquina del fuerte, trato de no ver á nadie; á mi guía sobre todo, que corre desalentado tras de mí; propuesto á no pensar mas que en el hermoso espectáculo que á mis pies se destaca, me abstraigo, siento apoderarse poco á poco de mí la embriaguez de la naturaleza, y olvido y admiro.

## LOS AGUADORES.

### El de cuatro arrobas y el de cuatro cuartillas.

La división que establece este epígrafe no significa que haya aguadores que pesen tres veces mas que otros, por mas que esto pudiera ser así, sino que hay dos especies de hombres que en diferentes proporciones se ocupan igualmente de humedecer al género humano. Sirviéndonos de la moderna división de las escuelas médicas, podríamos llamar á los unos aguadores alópatas, y homeópatas á los otros; pero tan grande como es la distancia que separa á los médicos de ambas escuelas, es la diferencia que existe entre el aguador de las cuatro arrobas y el de las cuatro cuartillas; mas claro aun: entre el *aguador de cuba* y el de *botijo*, entre el acarreador de agua asturiano y el madrileño.

Demos la preferencia al mayor contribuyente; al que trafica en mayor escala con uno de los cuatro pies que sostienen la mesa redonda de este gran parador llamado Universo. Empecemos por el

### AGUADOR ASTURIANO.

Primeramente conviene advertir, con permiso de los Diccionarios y de las Academias, que la palabra aguador no significa fabricante de agua, sino traficante en ella. El agua en España, es como en todos los países del mundo, un líquido inodoro, transparente, incoloro, etc., que tiene sus fábricas en las entrañas de la tierra, sin necesidad de que el género humano tome parte en sus talleres, y que cuando se le antoja toma la forma de gas y oscurece la tierra, ó la riega, y hace otro género de coqueterías por el estilo. Nada de esto puede importar á nuestros lectores, ni aun servirles de noticia siquiera. Todos saben que el agua es la madre de la vegetación; que es un elemento que tiene sociedad íntima con todos los individuos de la naturaleza, y que amen del gran bazar, conocido con el nombre de mar, tiene los pequeños almacenes de los ríos, canales, lagunas, etc., y una multitud de despachos al pormenor, conocidos con el nombre de manantiales. O abiertos espontáneamente por la naturaleza, ó por la mano del hombre, la tierra ofrece muchos surtidores de agua para que los mortales apliquen sus labios cuando quieran apagar el fuego del estómago. Pero como no es posible que haya un manantial para cada individuo, ni que tenga la complacencia de irles á buscar á domicilio, como las empresas del alumbrado de gas, cuyos brazos alcanzan á todas partes, de ahí nace la necesidad del aguador: especie de esponja eternamente colocada entre el agua y el fuego, para impedir que perezca abrasado el globo.

En España los cuerpos menos porosos son los que se han lanzado resueltamente á absorber la humedad para trasmitirla. Los asturianos, especie de hombres robustos, de talla elevada, de presencia noble, y llevando en sus puños las armas de la hidalguía que les dejó el rey D. Pelayo, son los que abrazan con entusiasmo la carrera de aguadores. Madrid es la universidad donde aprenden esa ciencia, y en Madrid tambien es donde únicamente pueden ejercerla. Algunas personas han creído que para ser aguador no se necesitaba otra cosa sino educar e hombre izquierdo á llevar constantemente 4 y á veces 6 arrobas de peso, y enseñar la cabeza á estar siempre inclinada sobre el hombro derecho; pero esto no es verdad: la ciencia del aguador es mucho mas vasta, y no se recibe fácilmente el grado de doctor en ella.

Veán nuestros lectores la historia de uno de estos individuos, y sabrán de una vez la de todos los de su especie:

Perico Covadonga, natural de las montañas de idem, tenia 15 años cuando en compañía de un hermano de su padre, aguador de una de las fuentes de Madrid, salió de la tierra con un par de zapatos nuevos,



un pantalón y chaqueta de paño pardo, y 16 cuartos en ochavos en una bolsa de cuero. Hizo el viaje á pie, y llegó á la corte después de 15 días, con cuatro pesetas en monedas de plata, y el mismo par de zapatos nuevos con que había salido de su país. Esto último no tiene nada de particular: en vez de poner los pies dentro de los zapatos, trajo estos al hombro; y en cuanto al aumento de su capital, consistía en que en vez de venir dando limosna había venido pidiendo. Su tío empezó por presentarle á los paisanos y compañeros, y cargándole una cuba de las de tres arrobas, le llevaba en su compañía para surtir de agua á sus parroquianos. A los dos años de su estancia en Madrid, ya sabía perfectamente el oficio, y pretendió emanciparse de su tío. ¿Pero cómo hacerlo? — Para tener derecho á llenar 20 ó 30 cubas diarias en una de las fuentes de la corte, se necesita haber obtenido una plaza de aguador de número, y estas, entonces como ahora, no se dan por oposición. De otro modo Perico habría alcanzado alguna; pero las plazas se venden, bien por el ayuntamiento su propietario, ó por el individuo que las sirve. La sola que á la sazón había de venta costaba 15 onzas de oro, y Perico tuvo que valerse del crédito de su tío para comprarla. Esto le dió la suspirada independencia, y á los cuatro años hizo un viaje á la tierra, después de haber reintegrado á su tío, y llevando sobre sí, cosidas entre el forro de la chaqueta, tres onzas de oro, producto de sus economías.

Perico solo se detuvo en su pueblo el tiempo necesario para comprar seis vacas, casarse y despedirse de su mujer, dejándola recomendada al Sr. Cura. Volvió á servir la plaza, que en su ausencia había desempeñado un amigo, y aumentó considerablemente el número de sus parroquianos, siéndole preciso tomar un ayudante. Surtía de agua 40 casas, cobrando por su trabajo 10 reales mensuales donde llevaba dos cubas cada día, y 9 donde solo llevaba una. Sin aumento ninguno de precio se encargaba de las compras en la mitad de las casas, y admitía por vía de remuneración el sobrante de la comida de los señores, con el que se alimentaba sin tomarse el trabajo de calentar las viandas, y vendía el resto á otros paisanos y aun en los bodegones de la corte. Por una habitación para dormir, pagaban él y 15 compañeros mas, un real diario, y chapeando los zapatos cada tres meses con medio real de clavos, conseguía tener siempre nuevos los que trajo de su tierra. Viviendo de esta manera conseguía ahorrar el producto íntegro de su trabajo, que ascendía á 600 reales; sin que esta fuese su única ganancia, sino que encargado de las provisiones diarias de 15 casas, se hallaba al fin de cada mes, sin que él supiese nunca cómo se hacía el milagro, con 300 ó 400 reales de sobresueldo.

Semejante maravilla, conocida con el nombre de *sisá*, y que se reduce á comprar barato y vender caro, es una cualidad instintiva de los asturianos, que no les ha privado nunca de la nota de honrados, de que son dignos por otras circunstancias muy recomendables. Cuando á las primeras horas del día duermen la mayor parte de los habitantes de Madrid, las llaves de la mitad de las casas están en poder de los aguadores, y jamás ha ocurrido un robo, ni ejecutado, ni consentido por ellos. La industria de la *sisá*, por la que no pagan contribución alguna, es, como hemos dicho, el sello de originalidad de los asturianos.

Perico estuvo seis años en Madrid, después de haberse casado en la tierra. Al volver á su pueblo, mas de un niño le llamaba padre, y él no se desdénó de hacerles caricias, á pesar de estar ocupado en comprar nuevas vacas y nuevas fanegas de tierra.

Volvió á la corte y en ella sigue, hasta que pasados otros seis años vaya á dejarse nombrar alcalde, y á disponer que el mayor de sus hijos venga á servir la plaza de aguador.

Tal es en brevisimo resumen la historia de esa molécula integrante del pueblo de Madrid, que siempre con la sonrisa en los labios *ni ve, ni oye, ni entiende*, otra cosa que el oro, las campanadas que tocan á fuego, y el desempeño de su obligación. Para lo segundo suele estar sordo muchas veces, y son necesarias las interpelaciones de los municipales para que acuda á llevar agua á los incendios.

Su vocabulario, mientras está cumpliendo con los deberes de su oficio, se reduce á las siguientes palabras: *Alabado sea Dios*, al entrar en la casa. — *Queden con Dios*, al salir de ella. — *Y coge ó no coge*, según hallan mas ó menos llena la tinaja del agua en las cocinas.

#### EL AGUADOR DE BOTIJO.

Este otro sangrador de las fuentes públicas de Madrid, pertenece á un género enteramente distinto del que acabamos de describir. Su importancia está en razón del agua que conduce, y comparado con el asturiano, es una sanguijuela que no saca mas sangre que la que puede contener en el cuerpo.

Joven ó viejo, adolescente ó niño, el aguador que pudiéramos llamar *trashumante*, se hace de un hombre, un botijo, y una cesta con cuatro vasos de cristal ó de vidrio. Para dedicarse á esta profesión no se requiere ninguna clase de estudios preparatorios: bástale al neófito con tener afición al oficio, y capital para los primeros gastos del redu-

cido ajuar. Esta clase de aguador no necesita haber nacido en ninguna provincia determinada, y así puede ser madrileño como gallego; algunos hay de estos últimos; la generalidad son hijos de Madrid.

Pero entre los aguadores de botijo hay de todo, como en las demás clases de la sociedad. La mayor parte de los que andan recorriendo las calles de Madrid, cargados con un botijo y una cesta de vasos, no merecen ser tenidos por tales aguadores. Los que diariamente nacen y mueren en el oficio, sin que al abrazarle les moviese otro deseo que el de entretener el hambre temporalmente, esos no pueden llevar el título de aguadores de número de la villa y corte de Madrid.

Aguadores hay que hacen á invierno y á verano, porque están persuadidos de que el agua es un artículo de consumo perpétuo. El de esta clase tiene privilegio especial para entrar á vender agua en uno de los tendidos de la plaza de toros, con cuyo motivo ve gratis las corridas, á las que tuvo gran afición desde niño. En verano, pasa las noches vendiendo *agua*, *azúcarillos* y *merengues* en el Prado de Madrid; en invierno tiene su puesto en el asfalto de la Puerta del Sol, y cuida de pasar á la hora de los entre actos por la puerta del *Teatro Español*. Siempre pasa deprimido por delante de las tabernas, temeroso de que algun borracho le rompa el botijo, y cuando encuentra algun niño que va de paseo con sus padres, pasa y cruza á su alrededor hasta despertarle la sed.

Tiene varios parroquianos diarios entre las gentes del paseo y las que transitan por las calles, pero la mayor parte de aquellos tienen domicilio fijo, y el aguador no falta nunca á llevarles su ración de agua.

El zapatero del portal de... bebe una vez al día... El hermanuco que pide en el jubileo para las necesidades de la monjitas de Barbastro bebe tres vasos; el hortera de cierto almacén bebe dos vasos que no le pasa en cuenta su principal, y á estos y á otros muchos, sirve diariamente el aguador de botijo, antes de dirigirse al paseo ó á los teatros.

Su recaudación diaria no pasará de doce reales, ni baja de seis; se puede decir por término medio que gana un jornal de nueve reales, con lo cual puede aspirar á lo que cualquier otro ciudadano de su clase: á casarse, y á comprar cuatro botijos, doce vasos, seis sillas, un sofá y dos faroles, para establecer un puesto de agua en el salón del Prado... ¡Oh! ¡este es el bello ideal de un aguador!

ANTONIO FLORES.

#### Santuario de los Desamparados en Abades.

Las romerías son las peregrinaciones de pueblo á pueblo; son el último eslabón de las costumbres antiguas. Sobre estas voluntarias ovaciones han pasado doce siglos: empero se conserva esta venerable tradición porque representa la fé de nuestros antepasados, única herencia que no ha venido á menos con el tiempo. Galicia es por excelencia la provincia de los santuarios, y por consiguiente de las romerías: *San Andrés de Teixido*, *las Hermitas*, *los Milagros*, *los Desamparados* y *la Esclavitud* son lugares visitados en todas las estaciones del año, bajo los rayos de un sol canicular ó con la escarcha del invierno. Allí van diez ó veinte familias, desde los ancianos encorvados que visitarán por última vez el Santuario, hasta los infantes que besarán por primera vez las vestiduras de una Virgen. Las dolencias del cuerpo se curan como los quebrantos del alma. Los ex-votos se dejan en los Santuarios; las ofrendas se depositan en los altares; aquí se reconoce la estampa de una curación milagrosa, allí se distinguen las muletas de un paralítico curado. Los romeros llevan para sus casas el cumplimiento de un voto, algunas indulgencias y en algunas partes ramos de tejo entrelazados con rosas de huevo.

El Santuario de los *Desamparados*, cuya vista presentamos á nuestros lectores en este artículo, merece una exacta y detallada descripción por las proporciones de su fábrica y por el justo y merecido renombre que conserva entre los habitantes de Galicia. Antes de llegar á esta celebrada iglesia, acompañaremos al romero en su viaje de *Lugo á Abades*.

Al llegar á la altura del *Picato*, el viagero reconoce en el barrio de San Roque de *Lugo* el último eslabón que une el antiguo convento-jurisdicción de los romanos con sus amenos y floridos alrededores. Es un barrio fuera de puertas. A la hora, recorre las famosas herrerías de *Guntin* donde el hierro se encuentra casi depurado, y subiendo el tortuoso y áspero camino que conduce á las ventas del *Narón*—lugar privilegiado para las sorpresas en despoblado—observa la elevación de la sierra, que se presenta aterradora y sombría en medio de un páramo dilatado, dominando las alturas del *Faro*, *Farelo*, *Bocelo*, y las apartadas montañas del *Cebreiro*.

De pronto la perspectiva se reanima. A la soledad sucede el aglo-





(Santuario de los Desamparados en Abades.)

meramiento visual de las aldeas, iglesias y torres antiguas: á la aridez pedregosa del suelo, lo florido de los sotos de robles y castaños. El viagero distingue entonces á Monterroso. La division de las provincias de Lugo y Pontevedra se avecina: en San Esteban del Castro Amarante la prevee el viagero observador. De la edad media se pasa al espíritu comercial de nuestros dias: del antiguo palacio de los antepasados del Marqués de Camarasa, á la feria de la Golada, que es celebrada en un prolongado soto de robles para templar en verano los ardorosos rayos del sol. El rio Arnego, que atraviesa entre dos pendiente escabrosas, anuncia la proximidad del territorio de Deza.

Esta comarca está sembrada de casas solariegas donde la galante hospitalidad es una tradicion de familia. La frescura de los campos y la amenidad de los sotos forman el variado panorama donde se encuentran los pueblos de Lalín, Domamiro y Donsion. Lo secular levanta su cabeza en medio de los campos: los castros, que los anticuarios presentan ya como templos druidicos, ya como atalayas romanas, y que sirven en la actualidad de oteros á numerosos rebaños ó de cazaderos á expertos cazadores.

El rio Deza sale al encuentro del viagero bajo el antiguo puente de Taboada, y sorprendido mas tarde por la eminencia en que se ha construido la iglesia de Silleda que ocupa el punto mas elevado de Tras-Deza como la atalaya del territorio, se detiene delante del rio Toja, el cual, corriendo desde aqui por Manduas y Pazos, se precipita en un abismo de 130 pies de altura. Esta es la célebre y sorprendente cascada del Toja.

A una legua de distancia, dejando á la espalda á Chapa y á la concurrida feria de Labandeira, se encuentra el celebrado Santuario de los Desamparados. Se llega á la ermita por entre granjas y viñedos que cautivan la atencion del viagero. En los dias de festejo religioso el repique de las campanas de la iglesia es interrumpido por los voladores cuya luz aumenta las proporciones de la torre. Aqui el humo sube en revueltas espirales revelando una familia de romeros acampada bajo los robles; alli una orquesta improvisada con flautas, clarinetes y tamborcillos reanima el público regocijo. Grupos variados de limoneros y naranjos embalsaman la atmósfera y embellecen la interesante perspectiva del recinto que circunda el arroyo Cervaniña. La devocion aparece en este lugar con el fervor espontáneo de la verdadera fé. El viagero es acogido por los romeros como un hermano de peregrinacion,

y se vé obligado á aceptar las frutas y licores que le ofrecen á porfia en nombre de la mas franca cordialidad.

El Santuario de los Desamparados, mas que una iglesia de aldea, parece el templo de una villa. Nosotros vamos á presentar á nuestros lectores una rápida descripcion de esta iglesia, teniendo en cuenta el exámen facultativo del apreciable y entendido profesor de dibujo don Bartolomé Teixeira, á quien debemos la copia de este monumento arquitectónico.

La fábrica del Santuario de los Desamparados es de piedra sillar. El cuerpo principal de la cruz que forma su planta, está sostenido por columnas historiadas que rematan en cornisas del órden dórico, sobre las cuales descansan los arranques de la bóveda, con su cúpula sostenida sobre cuatro pilares del mismo órden. Contiene cinco altares tallados en grande escala: el mayor es formado por dos cuerpos, diversos en el órden arquitectónico, y enriquecidos con imágenes de una inteligente ejecucion. En su parte interior se encuentran los dos púlpitos y el órgano, y para la mayor conservacion de las ricas vestiduras y demas alhajas de plata que contiene el Santuario, está servido por seis capellanes que asisten á la iglesia sin interrupcion (1).

En su parte exterior llama la atencion del viagero la puerta lateral, compuesta de tres arcos, la cual sirve generalmente de entrada á las personas que visitan el Santuario. Sobre el arco de enmedio se levanta la torre de la iglesia, construida con tanto aplomo como gallardia. Casi á los dos tercios de su elevacion arranca un corredor con verjas de hierro y remate de bronce visitado por los romeros como un tributo de la festividad religiosa, despues de tocar sus medallas á la imagen de la Virgen.

Hé aqui los principales detalles de este concurrido Santuario, cuya celebridad atrae un número considerable de devotos, y esperamos que nuestros lectores apreciarán en su verdadero valor esta sucinta, pero exacta descripcion, porque algunos monumentos arquitectónicos, no solo merecen una pública apreciacion por sus bellezas artisticas, sino tambien se valuan por su significacion religiosa. El viagero no encuentra en el Santuario de los Desamparados un templo de proporciones extraordinarias en el cual los arqueólogos descubren los restos venerables de otros siglos; empero reconoce de una mirada el valor

(1) El actual cura párroco de esta iglesia, el ilustrado y estudioso Dr. D. Bernardo Conde y Corral, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Lugo, es un celoso inspec-



y la importancia que ha dado la verdadera devoción á esta iglesia construida en medio de una amena y florida comarca (1).

El Santuario de los Desamparados de Abades no solo debe ser apre-

ciado como un monumento artístico, sino también como un monumento religioso.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.



LOS CINCO PUNTOS.

El presente dibujo es un capricho curioso, que prueba la habilidad de un pintor, á quien le presentaron un papel marcado con varios puntos negros, sobre los cuales debía trazar una figura en tal actitud, que los puntos caprichosamente trazados coincidieran con los extremos de la figura. El problema no carecía de dificultad: los puntos eran 15 y estaban agrupados de 5 en 5, á la manera que en la baraja, en el domínó 6 en un dado, en esta forma ( . . . ), y el artista debía imaginar seis figuras enteramente distinta una de otra, luchando con la simetría embarazosa que le habían impuesto. El lector puede examinar cómo supo vencer las dificultades el dibujante, trazando, no un croquis cualquiera, sino seis personajes correctos, que al propio tiempo que la travesura del pintor, revelan su habilidad y su talento.

### Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido,

PROVERBIO EN ACCION.

#### PERSONAS.

NARCISA, joven de 18 años, mujer de GONZALO, capitán de artillería.  
JACINTA, joven de 19 años, mujer de RODRIGO, capitán de artillería.

#### ESCENA I.

Una sala en una casa de Sevilla.

NARCISA.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.—Sí, sí, mil y mil veces me lo ha repetido mi madre: era su máxima favorita, la

tor del Santuario, compilando con sus antecesores en el esmero y diligencia con que desempeña su honroso cargo.

(1) Cerca de esta ermita, en el Campo Marzo, se encuentran algunas canteras abundantes en serpiente, con la que los habitantes de sus alrededores cubren sus caminos y cercan sus heredades. Entre la diversidad de colores de este mineral, se cuentan las de fondo blanco con vetas aplomadas, y las blancas con vetas verdes.

base fundamental del código matrimonial. Cuando mi primo Alvaro, que ha estado en Francia, le decía que era ese un refrán mas viejo que la torre del Oro, y que olía á rancio, mi madre se ponía furiosa: decía que las buenas máximas no envejecen, y que la verdad es eterna. Bien está; pues vamos á ver cómo pone mi madre sus máximas en práctica.—Destinan á Cádiz el regimiento de artillería á los seis meses de haberme casado con Gonzalo; y esta señora, bajo pretexto que la estada de los artilleros en aquella plaza no es permanente, dice que no vale la pena de poner casa; que soy muy joven; que estoy muy bien á su lado, y otras especiosas razones: determina que me quede aquí, á pesar de irse Gonzalo, y sin ninguna consecuencia á su querida máxima, separa así á la mujer de su marido. El resultado es que hace ya cuatro meses que está allá el regimiento, y no se trata aun de su vuelta; y ni mi querida madre se acuerda de aquel refrancito que no se le caía de la boca, ni Gonzalo tampoco. Todo se le vuelve escribirme unas cartas muy tiernas; pero entretanto apostaría que se está divirtiendo en grande lo mismo que un soltero, y mucho mas ahora que viene el Carnaval; y yo entretanto encerrada herméticamente, puesto que dirá ese ausente marido, que entre dos que bien se quieren, con uno que se divierta basta.—¡Esto es una atrocidad!—Me revelo contra las dos potestades: la materna y la conyugal, una vez que (según dice Alvaro, que ha estado en Francia) son insostenibles tiranías.—Tengo hecho mi plan, y si mi prima Jacinta, que viene á pasar con nosotros el Carnaval, y que está en el mismo caso que yo, hace causa comun conmigo, llevaremos mi plan adelante.—¡Pero Jacinta es tan corta, tan pacífica! ¡Apuesto que está perfectamente conforme con su suerte!—Las gentes flemáticas deberían tener cada tres días una calentura para descuajarles la sangre.—Pero suenan pasos... ella es.—¡Jacinta! (Entra Jacinta, y caen en brazos una de otra.)

#### ESCENA II.

NARCISA.—JACINTA.

Narcisa.—¡Gracias á Dios que llegaste! pues si siempre hallé el mayor placer en verte, ¿cuánto mas será en esta ocasión en que can-



to, como lo hace mi madre con añejas reminiscencias, (canta) *De mi juventud la flor paso en llanto y soledad...*

*Jacinta.*—Hija mía, las que como nosotras se casan con militares, tienen que llorar ausencias.

*Narcisa.*—No lo creas; mi madre me ha predicado siempre esta máxima: matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido...

*Jacinta.*—Y la mía también.

*Narcisa.*—¡Pues ya ves!—pero cuando el feroz egoísmo materno entra en juego, se olvidan de sus máximas las señoras madres; quien ve una las ve todas: tiranas por amor, irreflexivas por pasión. Pero, hija mía, en cuatro meses de ausencia yo no sé lo que tú habrás hecho; yo me he aburrido mucho y he hecho serias reflexiones. —¿Acaso te parece regular que este Carnaval estén tu marido y el mío divirtiéndose á dos carrillos, brincando en los bailes, riendo en los teatros, y estemos tú y yo llorando como dos Didos abandonadas?—Nada de eso. —En el santo matrimonio todo es divisible: lo bueno como lo malo; quien no mire bajo ese punto de vista á ese dios Himeneo que coronan de rosas, merece ser turco. —Así en mi mente bulle un pronunciamiento. —Estoy compaginando una conspiración para la que he formado un proyecto magnó.

*Jacinta.*—¡Ay Narcisa, me asustas, pues si te se pone en la cabeza, lo llevas á cabo por mas que de ello se te quiera disuadir.

*Narcisa.*—Por supuesto, mucho mas cuanto que me propongo poner en práctica la loable máxima que me inculcó mi madre. —Oyeme, pues. —Nuestros maridos (¡Dios los guarde!) son amigos y compañeros desde el colegio. —Seguramente viven juntos en Cádiz. —Vamos á ver, ¿dónde vive el tuyo?

*Jacinta.*—Calle de la Comedia, núm. 90, frente al teatro.

*Narcisa.*—Justamente, ese es el sobre que pongo á mis cartas. —Pues mira, allá nos vamos á sorprenderlos.

*Jacinta.*—¡Jesús! ¡nosotras! ¿cómo?

*Narcisa.*—Metiéndonos en el vapor sin pedir anuencias ni pasaporte, puesto que, como dicen mi madre y la tuya, matrimonio bien avenido...

*Jacinta.*—¡Pero cómo! ¡viajar solas!... ¡Jesús!...

*Narcisa.*—Nos acompañará nuestro viejo mayordomo, que me ha visto nacer y me quiere tanto que nada sabe negarme.

*Jacinta.*—No, no, yo no tengo valor, Narcisa.

*Narcisa.*—¿Con que no tienes valor para seguir los preceptos del Evangelio, que mandan abandonar padre y madre para seguir al marido?

*Jacinta.*—Pero eso será cuando nos llamen.

*Narcisa.*—El precepto no trae semejante cuando.

*Jacinta.*—Yo creo que hacemos mal.

*Narcisa.*—Pues yo estoy segura de que hacemos bien.

*Jacinta.*—No me atrevo, no.

*Narcisa.*—Pues quédate; lo que es yo me voy de todos modos, y te escribiré como he hallado á Gonzalo y á Rodrigo, si nos divertimos mucho y qué tal me gusta Cádiz.

*Jacinta.*—¿No es mejor aguardarlos?

*Narcisa.*—¿Otros cuatro, otros ocho meses, un año quizá?—No, pues entretanto... hija mía, las gaditanas son muy seductoras... apuesto que Gonzalo á la hora de esta, sin ser zapatero, sabe las dimensiones de los afamados pies de las gaditanas.

*Jacinta.*—¡Qué malos juicios, Narcisa! Por mí, estoy persuadida, á pesar de que Rodrigo lo que mas admira en la mujer es un buen cabello, no sabe siquiera si las gaditanas peinan pelo propio ó peluca.

*Narcisa.*—¿Qué sencilla eres, hija mía? bien se ve que te has criado en un lugar. ¡Si vivieras en capitales, verías unas cosazas!!!

*Jacinta.*—Eso no es de mi cuenta.

*Narcisa.*—Ni de la mía tampoco, gracias á Dios: lo que si lo es, es el estar al lado de mi marido, como Dios manda. ¿Tú te quedas?

*Jacinta.*—No me atrevo á hacer otra cosa. ¡Dos jóvenes de diez y ocho y diez y nueve años emanciparse así, sin autorizacion de nadie!... desengáñate, eso seria muy mal visto.

*Narcisa.*—Atiende: dos cosas que son completamente contrarias, que son la antítesis (como dice mi padre, á quien gustan los terminachos) una de otra: si la una es mala ¿qué será la otra?

*Jacinta.*—¡Será buena, es claro!

*Narcisa.*—Bien está; por consiguiente si la mujer que huye del techo doméstico y abandona á su marido para seguir á otro es una solemne picarona, la que hace cabalmente todo lo contrario será una buena mujer.

*Jacinta.*—En eso tienes razon; pero si no nos lo mandan...

*Narcisa.*—¿No has oído decir siempre que el bien que se hace espontáneamente tiene mas mérito que el que se hace solo por obligación?

*Jacinta.*—Eso también es verdad.

*Narcisa.*—Mi madre siempre dice que María Luisa, la mujer de Napoleón, faltó á sus deberes no siguiéndole á Sta. Elena: pues en

el mismo caso estamos en no seguir á nuestros maridos á Cádiz.

*Jacinta.*—Pero...

*Narcisa.*—Idéntico: no hay peros ni camuesas. —El padre de aquella no quiso; las madres nuestras están igualmente por la ausencia. —El mundo y todos los corazones sensibles hubieran aplaudido á la mujer de Napoleon por su desobediencia: lo mismo nos aplaudirán á nosotras.

*Jacinta.*—¿Lo crees?

*Narcisa.*—¡Tengo evidencia!

*Jacinta.*—Y como tienes mas mundo que yo.

*Narcisa.*—¡Muchísimo mas!

*Jacinta.*—¿Y nos recibirán bien?

*Narcisa.*—¡Pues tendria que ver! ¡Después de semejante prueba de amor conyugal, nos levantarán un altar!

*Jacinta.*—Y si mi madre se enfada ¿tomarás tú sobre ti?...

*Narcisa.*—Todo lo tomo sobre mí. ¡Vaya! ¿no sabes acaso la fuerza y valor que dan el cumplimiento de un deber?

*Jacinta.*—¡Pues Dios vaya con nosotras!

*Narcisa.*—Dios va con todo el que obra bien.

### ESCENA III.

*Una casa de huéspedes en Cádiz. —Una sala: á cada lado una puerta de cristales que comunica á dos alcobas.*

NARCISA. — JACINTA.

*Narcisa.*—¿Con que estás bien enterada?

*Jacinta.*—Enterada sí, convencida no. No me atrevo: ¿cómo quieres que me ponga yo tan caridelertera y tan sin modestia á llamar la atención de tu marido, sin conocerlo siquiera?—¡Quita allá, eso es una cosa muy fea! ni sé ni quiero.

*Narcisa.*—No lo conoces, ¿qué le hace? ¿no sabes que es mi marido, por consiguiente tu primo, y que has de quedar justificada sobre la marcha? ¡Jesús, qué premiosa eres! yo tampoco conozco á tu marido, y con saber que lo es, estoy tan dispuesta á hacerle algunas carantoñas, á poner en juego mis gracias y monadas, como lo haria en una comedia casera. Te he de probar, ya que tanto disputas lo contrario, que los maridos ausentes de sus mujeres se van tras de los reclamos como las perdices.

*Jacinta.*—Y si yo por desgracia viviese en un dulce error, ¿para qué quieres desvanecerlo?

*Narcisa.*—Para que vivas prevenida y aprecies en todo lo que vale la prudencia de mi determinación (antítesis, como dice mi padre), de la conducta de María Luisa.

*Jacinta.*—¿Pero qué quieres que haga? ¿qué quieres que diga si yo no sé?

*Narcisa.*—Entra en tu cuarto, obsérvame por entre los visillos de la puerta de cristales, y después imítame en un todo; ¡verás qué bien bago mi papel, y qué mona me pongo!

*Jacinta.*—¡Ya lo creo! tú lo eres siempre. ¿Y si se enamora de veras de ti?

*Narcisa.*—¡Qué simpleza, hija mía! ¿acaso no te quiere á ti? ¿acaso se enamoran los hombres en un día? Lo que te quiero probar es que cuando los maridos están ausentes de sus mujeres, miran mas de lo que conviene á las demas. Desengáñate: el corazón de los hombres es un pájaro, y nosotras las jaulas.

*Jacinta.*—¡Ay, Narcisa! ¡qué sobresaltada estoy desde que llegué á Cádiz! ¡qué fortificaciones presenta por todos lados! ¡me parece un caballero antiguo bajo de su armadura!

*Narcisa.*—Pues á mí me parece muy alegre, y una blanca ninfa bañándose en el mar.

*Jacinta.*—¡Estoy inquieta como si hiciese una cosa mala!

*Narcisa.*—¿Mala? ¡pues qué! ¿hay cosa mas virtuosa, mas legal, que venir á buscar dos mujeres á sus consortes legítimos, indisputables, estrechando así una union santa y respetable?

*Jacinta.*—Venir así escapadas...

*Narcisa.*—El fin justifica los medios.

*Jacinta.*—Un buen fin no se debe alcanzar sino con iguales medios.

*Narcisa.*—Estás muy atrasada de noticias y de máximas. Pero oigo pasos: ellos deben ser; tú á tu cuarto y yo al mío, observa.

(Cada una se encierra en su cuarto.)

### ESCENA IV.

RODRIGO. — GONZALO.

*Gonzalo.*—Parece que han llegado huéspedes.

*Rodrigo.*—Sí, dos señoras.

*Gonzalo.*—¿Y quiénes son?

*Rodrigo.*—Dicen que son dos hermanas con su tío.



Gonzalo.—¿Y á qué vienen?

Rodrigo.—No me lo han sabido decir: quizá venga empleado, categoría muy estensa y muy ambulante.

Gonzalo.—¿Y te han dicho qué tales son las señoras?

Rodrigo.—Jóvenes, lindas y distinguidas; pero el tío es un facha.

Gonzalo.—¿Estraña anomalía! ¿pero se hallan tantas en los tiempos que corren en este mundo redondo!

Rodrigo.—En fin, me alegro que tengamos tan buena vecindad.

Gonzalo.—¿Qué te importa?

Rodrigo.—Nada, es cierto; pero nada me importa tampoco un día nublado y un día de sol, y me gusta más el primero. ¿Has encargado los dominós para esta noche?

Gonzalo.—¡Ay, que me se ha olvidado! (Cogiendo su sombrero.)

El que no tiene cabeza que tenga pies: voy en un vuelo.

Rodrigo.—Mientras me pondré á escribir á mi Jacinta.

(Se sienta y escribe.)

«Jacinta de mi corazón:

(Jacinta entreabre la puerta y hace un movimiento para lanzarse hacia su marido. Narcisa se asoma con precaución á la otra puerta, y la detiene haciéndole repetidas señas.)

## ESCENA V.

RODRIGO escribiendo; NARCISA y JACINTA acechando.

Rodrigo.—«¿Qué domingo de Carnaval tan triste para mí, pues de ti estoy ausente! Recuerdo, Jacinta mía, que ahora hace un año, habiendo obtenido licencia para pasar esta alegre temporada en casa de mis padres, te hallé á ti, á quien había dejado niña, transformada en una joven encantadora; á ti, que habías de ser mi primero, mi único, mi eterno amor. Me admitistes por compañero espontáneamente, como yo te había elegido á ti por único bien.

(Jacinta hace otro movimiento. Narcisa la detiene con impacientes ademanes.)

«Juré labrar tu felicidad, y lo haré; confía en mi cariño como yo en tu constancia...

(Jacinta se quiere de nuevo precipitar hacia su marido. Narcisa le hace señas, y para distraer la atención de Rodrigo sale de su cuarto haciendo ruido. Rodrigo se vuelve á aquel lado, la ve y se levanta.)

Narcisa.—Perdonad, caballero; creí que estaba sola esta estancia, y pasaba para ir á la habitación de mi hermana.

Rodrigo.—Señora, vos sois la que tiene que perdonarme el que esté aquí estorbando vuestro paso, y desde luego me retiro. (Aparte) ¡Qué linda es! (Coge sus papeles para irse.)

Narcisa (con aire muy amable).—No consentiré por cierto que os incomodeis por mí; os suplico que sigáis escribiendo, tanto más, cuanto que supongo que será una carta de gran interés.

Rodrigo.—No, no, no corre prisa: no es aun hora que salga el correo.

Narcisa.—El corazón siempre tiene prisa en expresar sus afectos: y si esa carta es para alguna persona que os interesa...

Rodrigo (aparte).—¿Estraña franqueza, por no decir desenvoltura, hay en este lenguaje de parte de una señora!—Si no me engaño, está ha de pertenecer á la escuela de la mujer emancipada.—Si fuese fátuo... (Recio.) No, señora, no; era una carta, eran unos versos que escribía para pasar el rato.

Narcisa.—¿Pero á alguien serán dirigidos esos versos?

Rodrigo.—No, no tengo á quien dirigirlos.

Jacinta (asomada á su puerta y aparte).—Ah traidor.

Narcisa.—¿No? ¡es muy extraño! A vuestra edad y con vuestro mérito, las conquistas deben de seros muy fáciles!

Rodrigo.—No me lisonjéis, porque si me engriese, podría dar pábulo á que me aquejase un amargo desengaño! (aparte): Tanto descarro, con un exterior tan distinguido, pasma!

Jacinta (aparte).—¿Hay valor para ser tan provocativa con un hombre, aunque sea treinta mil veces primo?

Narcisa.—Decíais que escribáis versos y que no eran amorosos; siendo así, no pienso que sea una indiscreción suplicaros que me los leyerais. ¡Me muero por los versos! ¡Los versos son música celestial!

Rodrigo.—Con gran placer os los leeré; pero podeis estar persuadida que si antes os hubiera conocido, otro hubiera sido el objeto que me los hubiese inspirado.

Narcisa.—Sois galán, no lo extraño: galán es sinónimo de caballero.

Jacinta (aparte).—¿Hay paciencia para esto?

Narcisa.—Ansío por oír los versos.

Rodrigo (aparte).—¿Qué extraña exigencia! ¿qué la leeré, yo que en mi vida he compuesto un verso? ¡pero ya caigo! aquí tengo lo que necesito. (Toma un papel de sobre la mesa.)

Narcisa.—¿De qué tratan?

Rodrigo.—Son versos de un guerrillero. Los he compuesto para recitarlos en los fosos de la muralla de la puerta de Tierra, en que hay un eco maravilloso, y donde los suelo recitar ante mis compañeros, á quienes agradan mucho.

Narcisa.—Pues vamos á los fosos de la muralla, y allí me los leeréis. ¡Me gusta tanto, tanto, el eco, esa voz del aire, que cual él, no se sabe de donde viene! Ved, casualmente tengo puesto el velo, ¡pues iba á salir.

Rodrigo (aparte).—L. pajarita ésta, está perfectamente domesticada. ¡Tan linda, tan fina! ¡Fíese V. de las apariencias! (Alto) Señora, nunca mas honrado.

Narcisa.—Vamos pues, á oír el eco: ¡esas palabras al aire que no salen del corazón! es una cosa muy rara, ¡un fenómeno!

(Rodrigo le ofrece el brazo, y se van. Jacinta sale de su cuarto y corre tras ellos; pero Narcisa, ya fuera de la sala, asoma la cabeza y le dice):

Narcisa.—Aguárdame, hermana, aguárdame con paciencia, no tengas cuidado, que pronto vuelvo: y ten presente que tienes que hacer lo que te dije.

## ESCENA VI.

JACINTA, sola.

(Se deja caer sobre una silla llorando.)

¡Ay! ¡Dios mío! ¿Quién lo hubiese creído? ¡infel! ¡infel! ¡en el mismo momento en que me escribía aquella carta! y Narcisa, ¡con qué desfachatez ha sido provocativa! lo que está pasando, es un escándalo, jugando, jugando están labrando mi infelicidad. ¡Perversa amiga! ¡marido inicuo! ¡quién pudiera vengarse de ambos!

(Concluírá.)

FERNAN CABALLERO.

## ESCLAVITUD EN ROMA.

Tuvieron esclavos todos los pueblos griegos de la antigüedad; los tesalios sus prenestos, los cretenses sus clarotes, los de Argos sus jinnetas, los sicionicos sus corineforos, los lacedemonios sus ilotas, etc., razas desgraciadas que formaban en su origen otros tantos pueblos, y que la derrota puso á discreción del vencedor.

Había en Roma esclavos de diferentes naciones, la mayor parte prisioneros de guerras, hechos á los varios pueblos que atacaba sucesivamente la república. No era la guerra la única causa de esclavitud, pues era á veces efecto de un castigo aplicado por la ley á los desertores, traidores ó refractarios.

Consistían las principales disposiciones del derecho romano relativas á la esclavitud en:

«No ser el esclavo persona, sino cosa; no poder poseer nada por ser él mismo de propiedad ajena; no tener consideración alguna en la vida civil; no poder atestiguar en justicia; no poder accionar en ningún tribunal; no poder testar; ser su dueño su heredero legítimo y el que heredaba en su lugar cuando era nombrado en algún testamento; poder dividirse su propiedad poseyendo uno el usufructo y otro la simple propiedad; y que por la ley ninguna injuria se le irrogaba teniendo solo su dueño el derecho de darse por ofendido de su persona.»

Ejercían en Roma los esclavos todos los artes y oficios; eran médicos, arquitectos, músicos, notarios y hacían el comercio por cuenta de sus dueños. Casi todos los que tenían escritorios ó tiendas eran esclavos ó libertos, y siempre que se suscitaba alguna dificultad en los negocios, se dirigía la acción contra sus dueños á pesar de haber contratado con los esclavos.

Trabajaban los de ricos ciudadanos, en casa de sus dueños, donde había para cada ocupación un taller llamado *ergastulum*, y se vendían sus trabajos á beneficio suyo. Eran á veces tan numerosos los esclavos en estas casas, que ocupaban el sitio de un pueblo; que se necesitaban nomenclatores solo para retener é inscribir sus nombres. Cuenta Atheno que había particulares que poseían hasta veinte mil esclavos, y refiere Plinio, que Claudio Isidoro declaró en testamento que habiendo perdido mucho en las guerras dejaba solo 4,116 esclavos, 3,600 pares de bueyes, 250,000 cabezas de ganado y 600 millones de sestercios.

Llevábase al mercado el esclavo que se trataba de vender y le esponían desnudo en una especie de caja, llamada *calasta*, para que pudiera examinar minuciosamente el comprador todas las partes de su cuerpo. Ordenaron los ediles que se pusiera al esclavo que se llevase



al mercado un cartelón que anunciase sus buenas calidades ó defectos; y á los extranjeros que no se les conocía bastante para garantizarlos, los esponían con manos y pies alados, y cubiertos de una especie de gorro llamado *pileus*.

Cita Plinio varias ventas de esclavos de su época á precios muy subidos: un entendido gramático fué vendido por doscientos mil sesteracios. Fijóse mas tarde un arancel de precios de esclavos por su edad y profesion; por un médico debía pagarse sesenta sueldos de oro; por un notario cincuenta; por un eunuco menor de diez años, treinta, y por uno de mayor, cincuenta; valor general de los esclavos en el siglo sexto que puede verse en el reglamento del emperador Justiniano del año 550.

Débase tener cuidado en distinguir los esclavos rurales de los domésticos ó urbanos. Los primeros que hallamos designados con multitud de nombres, tales como *colonos*, *tributarios*, *originarios*, que indican condiciones muy diversas, estaban ocupados en las posesiones á trabajar los campos, en vez de trabajar en el interior de las casas de las poblaciones, y eran á veces verdaderos esclavos de la tierra que no podían ser vendidos sin su dominio, y á los que se confundía con el nombre genérico de colonos. Tenían por habitación un subterráneo iluminado por una angosta buharda donde pasaban la noche encadenados, y por alimento una ración de granos, sal y legumbres. La union del esclavo no estaba consagrada por el matrimonio: tenia que recibir la compañera que su dueño le señalaba y no tenia ningun derecho sobre sus hijos, que se hacían de la propiedad de este. En el verano vestían los esclavos colonos una corta túnica, y en el invierno unos viejos calzones que les daban para que pudiesen trabajar en el campo en el tiempo riguroso.

Por dura que fuese la existencia de los colonos, era aun mas desgraciada la de los esclavos domésticos, espuestos continuamente á todos los caprichos y malos tratos de sus dueños. Conocido es el hecho de Polion, que por haberle roto un vaso un esclavo, lo hizo arrojar á un vivero para que sirviera de pasto á las murenas, y habiendo logrado escaparse el infeliz, se echó á los pies de Augusto que cenaba en casa de su dueño, no para pedirle la vida, sino otro género de muerte.

#### AL NIÑO ALBERTO PEREZ DE ANAYA.

##### Inédita.

Mi nombre llevas, Alberto,  
y el ser debes á un amigo  
en la adversidad probado  
y en mis bienes complacido.  
Por tu nombre y por tu padre  
con doble deber, dirijo  
al cielo fervientes votos  
y el cielo nos oye pio.  
En favor tuyo le ruego,  
y no temo hallarle esquivo;  
que á la amistad ó inocencia  
nunca cerró su oídos.  
Mas no los ricos tesoros  
de Creso para tí pido,  
ni de la ambicion ceñuda  
los infaustos regocijos,  
ni los veleños del ócio  
ni de Acidalia los mirtos,  
ni de las funestas lides  
el laurel en sangre tinto.  
Mente sana en cuerpo sano,  
vivo y noble patriotismo,  
mediana y modesta suerte,  
instruccion, virtud y juicio.  
Virtud..... su angélico sello  
grave en tí tan fuerte y fijo,  
que jamás borrarle pueda  
la inmoralidad del siglo.  
Sé de tus amables padres  
gloria en tus años floridos,  
de sus canas alegría,  
de su senectud arrimo.  
Y entre tantas bendiciones  
tambien para mí suplico,  
que del autor de tus dias  
imites el fiel cariño;  
y pueda yo, caminando

de la tumba al cierto asilo,  
decir: la amistad del padre  
ya rellorice en el hijo.

Sevilla 2 de julio de 1847.

ALBERTO LISTA.

(A los 72 años de edad.)

#### A ON ARBOL.

BALADA.

Arbol, ¿por qué del campo en la llanura  
siempre mis pasos á buscarte van,  
y al contemplar tu pompa y tu verdura  
siento en el alma indefinible afán?

¿Por qué si el viento en incesante giro  
tu ramaje columpia con furor,  
dentro del alma á mi pesar suspiro  
por cada hoja perdida y cada flor?

Acaso, acaso en tu lozana vida  
algun misterio el corazon leerá;  
tal vez mi suerte á tu existencia unida  
por impalpable vínculo estará.

¿Quién sabe si darás á mis amores  
fresca sombra en tu verde pabellón;  
si sentiré cubierto con tus flores  
de un ángel palpar el corazon!

Tal vez robusta y ponderosa lanza  
tus vástagos gigantes me darán;  
tal vez cuando se logre mi esperanza  
ramos tuyos mi sien coronarán.

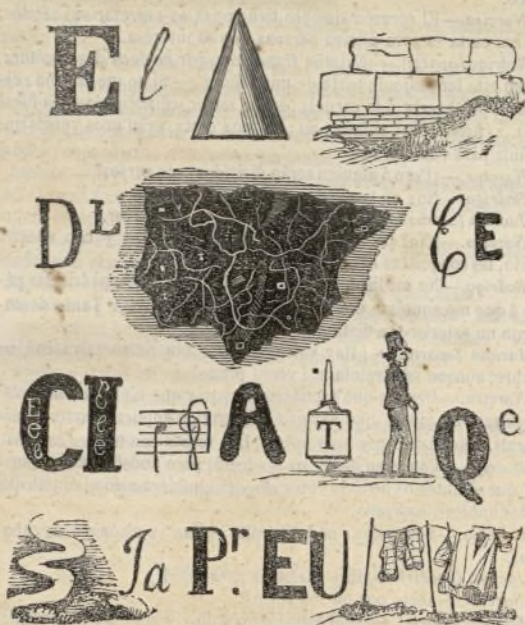
¿Quién sabe si al cruzar los anchos  
tú serás el timon de mi bajel,  
ó de triste naufragio en los azarés  
la pobre tabla que me salve dé!

Mas si de amor la tienda encantadora  
no has de ser, ni la lanza, ni el timon,  
ni la flotante tabla bienhechora  
que me libre del mar y el aquilon;

¿Cuando la muerte mi destino amarse,  
árbol, quién sabe si caerás tambien,  
si el féretro serás en que descanse  
mi helado pecho, mi marchita sien!

ENRIQUE SAAVEDRA, MARQUÉS DE AÑÓN.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,  
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.